

# **El historiador como lector modelo: Consideraciones semiótico-comunicativas sobre el papel del historiador en el proceso de decodificación y cooperación textual**

Edgar Andrés Vallejo<sup>1</sup>

27

## **Resumen**

Con el fin de contribuir a superar la crisis de modelos interpretativos existentes en el seno de la disciplina histórica, el presente artículo plantea una aproximación semiótico-comunicativa que conduzca a una revaloración de la hermenéutica como paradigma fundamental para la comprensión del pasado sobre modelos más comprensivos y estables. Para ello, extrapolando el corpus teórico de Umberto Eco, se realiza una reflexión teórica del proceso comunicativo y semiótico inmerso en la lectura de las fuentes históricas, que conducen a repensar al historiador como agente vital en su proceso de interpretación y decodificación, para así culminar en la generación de un nuevo tipo de conciencia interpretativa, que permita reposicionar la hermenéutica.

**Palabras clave:** Lector modelo, historiador como lector modelo, cooperación textual, trasmisión, comunicación, Umberto Eco

---

<sup>1</sup> Edgar Andres Vallejo Erazo es licenciado en Ciencias Sociales por la Universidad de Nariño. Actualmente, labora en el Banco de la Republica - Área cultural de Pasto como auxiliar de asuntos culturales. Dirección electrónica: zndres@hotmail.com

**Abstract:** In order to contribute overcome the crisis of existing interpretative models within the historical discipline, this article proposes a communicative semiotic approach that leads to a re- appraisal of hermeneutics as a fundamental paradigm for understanding the past through more comprehensive and stable models.

For this, extrapolating the theoretical corpus of Umberto Eco, a theoretical reflection of the semiotic and communicative process immersed in the reading of historical sources is accomplished, which would involve rethinking the historian as a vital agent in his process of interpretation and decoding to culminate in the generation of a new type of interpretative conscience that allows to reposition the hermeneutics.

**keywords:** Model reader, Historian as model reader, Textual cooperation, Transmission, Communication, Umberto Eco

## Introducción

La apertura hacia una “hermenéutica equivocista” (Beuchot, 1997) ha conducido a pensar los textos como unidades interpretativas al servicio de la subjetividad del lector, es decir, que un texto albergara una infinidad de interpretaciones dependiendo de la variabilidad de perspectivas, de espacios de experiencia y de horizontes de expectativa existentes entre la diversidad de lectores posibles. Esta concepción de texto, como unidad cultural en sí misma, conduce hacia una interpretación que no tiene en cuenta el punto de referencialidad que implica entender la información plasmada y el objetivo del hecho comunicativo, ya que a priori se niega la existencia de un significado primario con el que se pueda cotejar. Por tanto, toda interpretación resulta válida en un plano en la que la verdad y la ficción se amalgaman indiscriminada e infinitamente.

Aquel clima de postmodernismo desenfrenado, que también ha trastocado la disciplina histórica, se ha vuelto un problema capital, ya que conduce, como lo ha denunciado Aguirre Rojas (2013), Fontana (1992), entre otros, a una imposibilidad de cimentar y mantener el saber constituido de dicha disciplina, puesto que niega el pensar una verdad histórica, ya sea esta total o contextualizada, reduciendo la labor del historiador a un mero creador de ficciones del pasado. ¿Qué hacer entonces en un mundo poblado de interpretaciones desmedidas? ¿Cómo el historiador podría afrontar dicho problema? ¿Cuál es su papel frente a una fuente desligada de todo punto de referencialidad? Son las interrogantes que este trabajo busca responder a través de un ejercicio de reflexión crítica, sobre la base de una extrapolación de la teoría semiótica de Umberto Eco al plano de la hermenéutica histórica, brindando una posibilidad para construir interpretaciones estables que solventen el problema de que trae consigo la posmodernidad. Ello permitirá no solo dimensionar al historiador como agente activo en el proceso de construcción de

significado, sino como actor delimitado en una estructura interpretativa que haya sus cimientos en la verdad de lo acaecido.

### **El acto semiótico-comunicativo en el tiempo**

Antes de abordar los problemas anteriormente expuestos, es necesario esclarecer la relación que el autor de este trabajo vislumbra entre semiótica e historia. La semiótica en su definición más sucinta “es la ciencia que estudia los sistemas de signos: lenguas, códigos, señalizaciones” (Guiraud, 1972, p. 9), ritos, ceremonias, expresiones del hombre o todo tipo de sistemas de comunicación que permitan el intercambio de información, que es por definición mediada por signos. Como su centro de estudio recae en explicar a nivel estructural el procedimiento de comunicación y construcción de sentido, además de descifrar el significado latente de todo tipo de signos, esta disciplina “posibilita explicar tanto los fenómenos de la vida social ordinaria como los procesos por los cuales científicos, artistas, teólogos, brujos y chamanes, el hombre cotidiano, construyen cuerpos de conocimiento tendientes a dar al ser humano explicaciones sobre la existencia” (Toledo y Sequera, 2008, p. 11).

Ahora bien, si el historiador se define como el investigador que tiene por objetivo construir un cuerpo de conocimiento que tiende a dar explicaciones sobre el humano y su devenir en el tiempo, el historiador puede concebirse como un agente que hace parte del proceso semiótico-comunicativo de construcción de un saber sobre el pasado. A continuación, se profundiza en dicha correlación utilizando el esquema clásico comunicativo de Jakobson según la revisión que hace Pierre Guiraud. Para que la función principal del signo: “comunicar una idea por medio de mensajes”(Guiraud, 1972, p. 11) se cumpla a cabalidad, se necesita de una operación comunicativa basada en los siguientes

componentes estructurales: la existencia de un objeto referente del cual se está hablando o se pretende comunicar algo, un emisor que genera el mensaje, la representación de dicho objeto referente a través de los signos, un código que permita la comprensión general de lo que se busca comunicar, un medio de transmisión que permita comunicarlo y un destinatario o receptor de dicho mensaje, que tiene por tarea descifrar el código sígnico que ha recibido (anexo 1).

El historiador entra en escena en este esquema comunicativo como un receptor, específicamente un receptor de las fuentes históricas. Él, que busca descifrar y comprender al ser humano en el tiempo, debe trabajar exclusivamente con información codificada a través de un mensaje plasmado en los signos del pasado. Para ello, recurre a una interpretación de dicho mensaje transmitido, que está plasmado en la fuente y lo contrapone con la intención comunicativa del autor (emisor) y el contexto socio-cultural de dicho emisor. El mensaje transmitido, que surge de la intención comunicativa del emisor por preservar alguna información para un futuro, o como información necesaria en su contexto y para sus contemporáneos, llega a manos del historiador como un vestigio del pasado, como una “huella” que plasma directa o indirectamente cierta información parcial, voluntaria o involuntaria sobre ese ser humano (Bloch, 2001). Esta información que está codificada mediante un código lingüístico, pictórico o representativo, después de una operación hermenéutica devela una aparente verdad sobre lo acaecido (anexo 2)

Ahora bien, comprender la complejidad estructural del papel del historiador en el proceso de interpretación y producción de significado requiere ir más allá del modelo previamente utilizado, ya que omite ciertos elementos y circunstancias que complejizan el proceso hermenéutico. Aunque Jakobson fue útil desde una instancia pedagógica, su modelo por sí mismo solo reduciría la acción del historiador (si nos referimos a la metodología) a un escueto procedimiento investigativo, que parte del reconocimiento de los códigos de las

fuentes y los códigos del emisor, entendiendo que por sí mismos arrojarían cierta información del pasado, o, en otras palabras, que el historiador únicamente leería estos códigos y los traería al presente.

Por las condiciones mismas que dicta la labor del historiador, este debe en principio descifrar o decodificar el mensaje para poder llegar a operaciones cognitivas más complejas que conduzcan al conocimiento. De ser un receptor del mensaje, el historiador se vuelve su intérprete o su traductor para ser un constructor del corpus de conocimiento que comunicará al público, convirtiéndose de este modo en emisor de un nuevo mensaje basado en las fuentes, es decir, sobre el mensaje precedido que ha consultado. Sobre la base de *“la experiencia del pasado”* (Koselleck, 1997: 49-56), brinda una nueva experiencia histórica. Estas circunstancias para el presente trabajo se pueden establecer del siguiente modo: 1º) La distancia temporal entre historiador y agentes del pasado, llámense *“fuentes”* o mensajes, llámense emisores e interpretantes; esta es estudiada en este primer apartado apelando a la distinción que hace Debray entre comunicar y transmitir. 2º) La institucionalización de un tipo de interpretación en la que prima un modelo comunicativo semiótico abierto. Será analizada en gran parte del segundo apartado con ayuda de la categoría de *“obra abierta”* de Umberto Eco y *“el proceso de cooperación textual”* del mismo autor. 3º) La implicación del historiador interpretante que ha devenido en emisor de un representamen (creador de un nuevo signo cargado de saber histórico). Aspecto estudiado desde la categoría de *“lector modelo”* como respuesta al problema surgido de la circunstancia anterior.

La primera circunstancia es la no correspondencia entre el código que utiliza el emisor y el código que utiliza el receptor. Esto surge producto de un *“horizonte de expectativas”* (Gadamer, 2001) y un *“espacio de experiencias”* (Koselleck, 1997) totalmente diferentes. Eco ejemplifica dicho proceso de no correspondencia desde su revisión del

esquema comunicativo clásico, planteando un esquema mucho más complejo (anexo 3). La adopción en este caso del esquema de Eco surge del reconocimiento de la diferencia constitutiva entre los modelos de representación y comunicación del emisor, frente a los del receptor, puesto que el proceso comunicativo y semiótico no surge en un cronotopo simultáneo. Existen en realidad diferencias diacrónicas y sincrónicas que hacen que dicha brecha entre ellos sea más profunda. Eco desarrolla esta premisa haciendo visible una diferencia estructural entre los subcódigos preexistentes que posee el emisor en relación a los subcódigos del receptor (Eco, 2000). Dichos códigos antagónicos pueden impedir que el proceso comunicativo tenga éxito y que el mensaje llegue a cumplir la función que le dio origen, lo que implicaría la creación de una distancia temporal y espacial entre el mensaje codificado y el receptor decodificador.

Ahora bien, en la disciplina histórica esta brecha se hace visible cuando se reconoce la distancia psíquica, cultural, geográfica, socio-política entre un emisor y un receptor, sin mencionar la incapacidad de la preservación total de las fuentes. Ello hace que la operación de decodificación o interpretación sea en muchos casos incompleta. Esto ocurre principalmente producto de la desaparición o parcialización del mensaje decodificado o la pérdida del canal de transmisión; operantes diacrónicas, como la acumulación de experiencias sobre un mensaje en circulación (que modifican el mensaje primario) como los desarrollos cognoscitivos entre un estrato temporal y otro (que distancian mentalmente a un emisor de los futuros receptores) o como la transformación de la experiencia o superposición de la misma; y operantes sincrónicas, como una “estructura mental específica”<sup>2</sup>, como una conciencia común, o una generación de experiencia

---

<sup>2</sup> Por tal motivo muchas fuentes no se consideran vestigios directos del pasado, sino testimonios indirectos y fragmentados “resultado de una intermediación de una mentalidad diferentes y necesariamente deformante” (Corcuera, 2014, p. 122) que modifica el mensaje inicial, puesto que lo traduce a su estructura de interpretación y redefine nociones que le son ajenas a su marco comprensivo. Tómese igualmente de Corcuera (2014) su breve comentario sobre la transcripción que hacía el Santo Oficio de un mensaje emitido de la lengua Náhuatl. Esta interpretación del mensaje que se consideraba “autorizada” y se pretendía

colectiva conducen a crear cronotopos específicos de decodificación, interpretación y producción de mensajes y significado en el tiempo, que requieren de un modelo semiótico-comunicativo que haga inteligible la diferencia temporal y espacial de adquisición de experiencias.

Para profundizar en lo anterior, se recurrirá, como herramienta analítica, a la disparidad entre las nociones de “comunicar” y “trasmitir”. Según Debray (2007) “comunicar es el acto de transportar una información en el espacio, y transmitir, transportar una información en el tiempo. Sin duda hay que comunicar para transmitir: condición necesaria pero no suficiente” (p.2), ya que el acto de transmisión rompe el modelo tradicional de comunicación y se proyecta a través de estratos del tiempo. Una información que en su primer momento se comunica espacialmente llega al presente por un acto de transporte intergeneracional, ya sea de forma oral, mediado por una memoria colectiva o individual, o de forma escrita, mediado por las huellas parciales de ese pasado. En el acto comunicativo el emisor y el receptor; al estar en un espacio temporal único, generan un lugar de enunciación y de transporte de información que se presupone ideal, puesto que el emisor y el receptor si bien tienen algunos subcódigos diferentes comparten macrocódigos y modelos de interpretación similares. En cambio, en el acto de trasmisión, el historiador como no es partícipe de una comunicación de primera mano (donde es posible conocer al emisor original) ni establece un acto comunicativo con el sujeto directo, el significado base, los sentidos pragmáticos, el canal ideal de comunicación, el contexto socio político, cultural y económico, entre otros aspectos extralingüísticos, se

---

plasmarse de “manera directa”, cuando llega al receptor se modifica y se transforma. El Santo Oficio traduce palabras que representaban a las deidades de los indios como demonios (desde su modelo interpretativo católico y europeizante). No es posible con dichas transcripciones estudiar la mentalidad indígena, sino que se deben entender como testimonios surgidos de un proceso de comunicación entre subcódigos diferentes sincrónica y diacrónicamente.

conforman existencialmente con el conocimiento de la información transportada en el tiempo por canales y códigos con historicidad.

Como se implícita por Debray, la transmisión de la información es en su base un acto comunicativo solventado en una semiosis arrojada al devenir temporal. Cada acto de transporte de información se completa cuando esta llega al destinatario, pero este, agregaría Eco (2000), no es pasivo. Para decodificar la información el historiador retoma su corpus teórico, su experiencia y sus subcódigos aprehendidos para interpretar el código que le es enviado. En el acto de transmisión este proceso se repite y se amplía, ya que la información es transportada de receptor a receptor, de generación a generación en una serie de interpretaciones que pueden modificar el mensaje inicial, ya que los subcódigos cambian en relación a los espacios temporales desde los cuales se le llegue a interpretar o tal vez los códigos plasmados en el mensaje escrito se descontextualizan.

Este proceso de semiosis, en apariencia infinita, dificulta la decodificación de la información de las “fuentes”<sup>3</sup>. Teniendo en cuenta que no se dispone de un canal comunicativo directo, el acceso al nivel pragmático y la decodificación próxima al objetivo mismo del mensaje desaparece con el emisor original y el contexto socio-cultural implícito. Por lo tanto, para develar dicha información se necesita de un tratamiento meticuloso que permita reconstruir desde las ruinas esa carga informacional que recubre el mensaje codificado. No se debe desatender además la distancia de mentalidades y de contextos históricos entre emisor, mensaje y receptor, fenómeno que es preocupantemente olvidado por algunos historiadores o aquellos investigadores que

---

<sup>3</sup> Sin mencionar la complejidad agregada por la tipología de fuentes utilizada. Véase anexo 4.

realizan sus interpretaciones basándose en una lectura del presente para analizar el pasado; ello denota una interpretación anacrónica de las fuentes<sup>4</sup>.

¿Cómo se solventó en un principio esa falta de conocimiento verídico de la realidad pasada? Con la constitución del método histórico dicha operación inacabada, que conducía a la construcción de una historia de tipo inventada o parcial, se estabiliza, ya que el mensaje codificado y sígnico debía ser sometido antes a una crítica de textos para comprobar su veracidad. Este método, que se constituye como un paradigma hegemónico en el siglo XIX y gran parte del XX, pierde vigencia en la segunda mitad del siglo XX. Esto se produjo cuando corrientes motivadas por el posmodernismo anuncian la necesidad de la comprensión de los textos en sí mismos como agentes culturales (Foucault, 2004), sin la necesidad de un punto de referencialidad, lo que derivó en posturas totalmente radicales frente a los mismos. En este contexto, la interpretación contextual pierde validez y el proceso de construcción de significado se solventa no en una traducción del código sígnico al lenguaje del presente, sino en un acto comunicativo basado netamente en los subcódigos del receptor, pues toda interpretación resulta válida.

---

<sup>4</sup> No todos los historiadores reconocen esta distancia interpretativa lo que conduce a construcciones históricas que reflejan los ideales políticos o ideológicos del historiador, ejemplo de ello es la historia de los grandes héroes. Por otra parte, historiadores como Darton (2002) en su crítica sobre la manera de proceder del psicoanálisis en la interpretación de los cuentos populares franceses, catalogando dichas interpretaciones como anacrónicas, establece la necesidad de un reconocimiento de la distancia entre historiador y objeto a estudiar (mensaje), es decir, la adopción de una “otredad” histórica o interpretativa, el reconocerse como un ser distanciado no solo temporal, sino intelectual, cultural, social, políticamente, entre otros aspectos del ser humano de un pasado lejano o próximo. Un claro ejemplo de ello lo menciona Mujica Pinilla (2005) en su investigación histórica sobre la mística de la santa Rosa de Lima frente al estudio reduccionista de la psicología moderna (ejemplo claro de reconocimiento único de un acto comunicativo en las fuentes y no del conocimiento de un acto de transmisión), menciona el autor: “Uno de los mayores obstáculos que impiden la comprensión cabal de los fenómenos místicos es, paradójicamente el discurso reduccionista imperante en la psicología moderna, que, bajo el pretexto de la objetividad científica, pretende aplicar arbitraria e indiscriminadamente su metodología de análisis a mentalidades arcaicas y formas de comportamiento que pueden ser mejor explicadas por otras vías o que no son definibles dentro de sus marcos autodelimitados de interés” (p.135), agrega en un pie de página, “la polémica moderna entre historiador de las religiones y el psicoterapeuta no es fácil de resolver. Pero esto no puede oscurecer el hecho de que el hombre antiguo y el moderno tienen mapas o concepciones distintas de la realidad. El historiador considera que es metodológicamente peligrosos trazar similitudes entre los antiguos y los modernos sin enfatizar en abismales diferencias culturales” (p.136)

Con ello se conduce a una preponderancia del acto comunicativo sobre el acto de trasmisión. El pensar la interpretación como un acto que se desplaza en el tiempo es inimaginable, importa únicamente pensarla como un acto que se realiza en el espacio (continuo, ahistórico y único) y al postre se conduce a una imposibilidad del saber “objetivo” en la historia. Clío deja de tener credibilidad como ciencia, entra en crisis y se proclama una ficción total en la misma (Aurell, 2005, p. 113-120). En este panorama, donde prima una “hermenéutica equivocista”, se retoma a Umberto Eco y su teoría del lector modelo como ejemplo teórico estable para generar una conciencia crítica en el historiador, que debe enfrentar dicha posmodernidad y a la postre la crisis interpretativa en el seno de la disciplina.

### **De la obra abierta al lector-modelo**

Eco aborda el problema de la tendencia a la interpretación subjetivizada en su estudio titulado *Obra Abierta* (1984); en ella elabora un trabajo de reflexión sobre la producción de sentido y significado en las obras de arte. Esas mismas nociones semióticas halladas en este trabajo, se pueden interpretar como ejemplo de la corriente interpretativa que Beuchot (2013, p. 48-58) denominó hermenéutica equivocista. Para Eco (1984) la interpretación que se solventaba sobre la base de un referente contextual (construcción de significado se apoyaba en la carga informacional del mensaje (fuente) en relación al contexto y emisor original) se desvanece con la “apertura” hacia el receptor como co-creador del significado. Todo mensaje queda abierto a la decodificación infinita que se pueda hacer de él. Esta corriente, que en historia se denominó giro lingüístico, influyó en el establecimiento de la interpretación como construcción abierta, que resulta válida en todas sus vertientes, puesto que, al no haber una posibilidad de saber objetivo, todo producto del razonamiento del hombre es un producto ficcional; por tanto, la historia en

sí misma es una ficción allegada a la literatura (Aurell, 2005: 113-120). El receptor prepondera sobre el emisor y el mensaje establecido, estos últimos simplemente actuarán como actores pasivos en la decodificación.

Ahora bien, si se considera que enarbolar el estandarte de la preponderancia del receptor en la interpretación deshizo los mínimos de veracidad en la interpretación ¿de qué manera es posible volver a establecer una interpretación o decodificación plausible de los mensajes (textos o fuentes históricas) sin caer en una interpretación subjetivizante? Para dar respuesta a esta pregunta se utilizará la teoría de cooperación del lector que desarrolla Eco (1981) aplicada netamente a la disciplina histórica. Eco plantea que un “texto”<sup>5</sup> presenta una cadena de artificios expresivos que el destinatario debe actualizar, es decir, que para llegar a una decodificación del texto (mensaje), el lector (receptor) debe readaptar los subcódigos implícitos en él y llevarlos a su presente inmediato, pues este mensaje llega al lector a través de un proceso de comunicación y especialmente de transmisión de la información inacabado y parcial. A ese proceso de actualización Eco lo denomina “cooperación por parte del lector”.

La cooperación textual, en primer lugar, halla su marco generativo de posibilidad en la pragmática del texto. Dicho proceso conduce a visibilizar a un destinatario como aquel que extrae del texto lo que él no dice superficialmente, en otras palabras, lo no dicho, los espacios en blanco o sus interpretaciones latentes. Esta acción que realiza el lector del texto contribuye a una construcción de la interpretación no fundamentada en el texto en sí mismo como generador total de la significación, sino en la relación dialógica entre lector y texto, es decir, en un acto cooperativo por parte del lector, en el cual aquel receptor es, en palabras de Eco (1981), “principio activo de la interpretación, [ya que]

---

<sup>5</sup> Si bien en *Lector in Fabula* Eco limita su estudio a la producción textual escrita, este autor menciona que el concepto de texto ha devenido en un concepto tan amplio que toda la producción teórica encontrada en dicho libro puede extrapolarse a otro tipo de textos y signos que requieran interpretación.

toma parte del marco generativo del texto” (p.16), sin sobrepasar los límites del mismo. Es tan importante dicha cooperación que en ella se encuentra la delicada línea entre interpretación basada en los referentes textuales y una interpretación abierta, es decir, en el papel del emisor, en la acción del receptor, y en el espacio semiótico en el cual se interpreta. Esta acción de co-construcción del significado debe encontrar un punto medio que permita la generación de un marco de posibilidades interpretativas sobre la base de la estructura objetiva del texto: el lector (en este caso, el historiador) no debe hacer decir más de lo que el texto implica, ya que el proceso de semiótica subyacente a esta operación (en el que un interpretante genera un sinnúmero más de interpretantes) debe regularse, limitarse para así verificarse. Cabe mencionar que el papel del historiador también es el de develar aquello que el texto implica y que muchas veces se pierde en el proceso de transmisión.

Un texto requiere ciertos movimientos cooperativos, activos y conscientes por parte del lector (Eco, 1981, p. 74); aquel tiene un objetivo per se de la lectura. Debe realizar movimientos cooperativos similares para develar la información que desea buscar dentro del texto, pero no limitada a un análisis sintáctico, semántico e histórico de las palabras, oraciones y párrafos en un contexto específico, sino ir más allá, descubrir la relación histórica de dicha unidad de información (mensaje, como un todo) a través del tiempo. El texto está plagado de espacios en blanco, de intersticios que deben llenarse. Eco (1981, p. 39) menciona que, el autor que emitió el texto preveía que dichos intersticios se completaran y los dejó en blanco por dos razones: ante todo, porque un texto es un mecanismo perezoso que vive de la plusvalía de sentido que el destinatario introduce en él y solo en casos de extrema pedantería el texto se complica con redundancias y especificaciones ulteriores. En segundo lugar, debido a que el texto pasa de la función didáctica a la estética quiere dejar al lector la iniciativa interpretativa (Eco, 1981, p. 76).

De igual forma, todo texto se emite para que alguien lo actualice, incluso cuando no se espera que ese alguien exista concreta o empíricamente (Eco, 1981, p. 77). A ello, se agrega que el proceso de transmisión hace que surjan nuevos espacios en blanco, que no estaban previstos por el autor, pero que se originan por la naturaleza misma de la semiosis temporal. Esta circunstancia fenomenológica conduce a que la labor del historiador como lector y su acción cooperativa sea mucho más compleja y que requiera más cuidado.

El historiador al trabajar con “textos incompletos” (Bloch, 2001, p. 55-68), que por la misma característica del proceso de transmisión han perdido gran parte de la carga informacional o pragmática, se convierte en un lector vital en el proceso de interpretación o traducción. Por tanto, la cooperación del lector, en este caso, deviene en un ejercicio categóricamente importante para develar la información latente. Sin embargo, dicho ejercicio de co-producción de significado, llevado a la praxis del saber histórico, debe realizarse con prudencia, puesto que, la cooperación como se ha detallado anteriormente, establece una delgada línea entre interpretaciones subjetivizadas e interpretaciones aproximadas. Como respuesta a esta condición paradójica de la cooperación del lector, surge de la mano del semiólogo preponderante en este ensayo el concepto (este debe vislumbrarse como una actitud hermenéutica) de “historiador como lector-modelo”.

El “historiador como lector-modelo” se entiende extrapolando la conceptualización que hace nuestro semiólogo de cabecera sobre el “lector modelo”. Como se planteó anteriormente, Eco afirma que un texto siempre está incompleto, ya que para producir significado debe entrar en relación con una serie de elementos que le dan un sentido específico impidiendo ser un “flatus vocis”. Un lector que pueda re-conocer dichos elementos, que pueda ponerlos en las correlaciones que la estructura del texto demanda y que establezca significados allegados a la experiencia registrada en el mensaje, es lo que se constituye como “lector modelo”; un receptor minoritario del mensaje, quien

apartándose de la mirada de lego o la mirada ingenua logra la comprensión amplia del texto leído.

Este concepto de lector-modelo aplicado a la disciplina histórica contribuiría a sobrepasar la crisis de modelos interpretativos surgidos por el giro lingüístico, ya que genera una conciencia de las implicaciones semiológicas y comunicacionales de una interpretación y plantea algunos insumos estables para una hermenéutica que solvete la crisis nombrada. Para ello, es necesario articularla teniendo en cuenta la operación de cooperación del lector superpuesta específicamente a actos de trasmisión. Una de las características que va a diferenciar al lector modelo comunicacional de Eco, del lector modelo enfocado en actos de trasmisión, se halla en la importancia de los factores pragmáticos del texto. Los factores pragmáticos referenciados en “Lector in fábula” que hacían depender parcialmente la interpretación del texto (Eco, 1981), en el proceso de trasmisión se vuelven vitales, ya que la interpretación de los documentos que describen o representan el pasado se fundamenta en modelos de significación netamente contextuales a su espacio-tiempo y que distan de los contemporáneos al historiador. Los modelos de representación, las epistemes, los modos de concebir la realidad (que se plasman en los textos generando un tipo de discurso), los paradigmas interpretativos, entre otros, son aspectos que permean todo acto comunicativo. Cabe mencionar que en el proceso de semiosis, el historiador no ha sido el único que ha interpretado el texto, debido a que ha sido reinterpretado a través del tiempo y en contextos geográficos diversos que han enriquecido el mensaje que originalmente se transmitió; ello puede devenir en atribuir una importancia mayor a la original que el texto expresaba. Si el historiador no reconoce dichos aspectos pragmáticos, que para este caso se definen como extra-textuales, no se llegaría a una comprensión profunda del mismo<sup>6</sup>.

---

<sup>6</sup> Se encuentra aquí una diferencia importante a la hora de extrapolar la teoría de Eco. Este autor establecía que la interpretación de un texto no debe sobrepasar al uso de referencias extratekstuales, puesto que el texto

El historiador no se limita a traducir los textos; esto lo convertiría simplemente en un erudito<sup>7</sup>. El historiador va más allá de ello, ya que crea las condiciones necesarias para una interpretación de los mismos, que se sustenta en procedimientos metodológicos más complejos. Esto se refiere al cotejo sincrónico de experiencias únicas y acumulativas, el cuestionamiento del pasado, la delimitación de lo que se quiere comprender a través de preguntas, etc. Estos son procedimientos que permiten que el historiador se convierta en productor de conocimiento, en el emisor de un nuevo saber, el anunciante de una nueva experiencia histórica con el pasado. Por lo tanto, la cooperación del lector, sustentada en dichos factores pragmáticos, no se detiene únicamente en un análisis lexical para los textos escritos como lo plantea Eco, aspecto que se dejaría para la filología histórica en este caso. La cooperación debe basarse en la pragmática espacio-temporal en el cual el mensaje se comunica y se trasmite o lo que Koselleck denomina como “condiciones metahistóricas” de toda producción de conciencia.

El historiador como lector modelo será entonces ese lector altamente capacitado para comprender la complejidad sémica y significativa de las fuentes con las cuales trabaja. Si bien este no nace de la anticipación del emisor del texto, el historiador debe intentar

---

por sí solo determina toda la información necesaria (Eco, 1981). No se dimensionaba que los agentes externos del proceso de interpretación, agregen pequeños o grandes cambios de sentido o superpongan otros sentidos y significados al texto, sobre la base del plano connotativo del mismo. Ello para la investigación histórica es vital en la medida que permite comprender cómo las diferentes estructuras de pensamiento desarrolladas en el tiempo otorgan mínimos patrones para guiar una interpretación. Por tanto, el no reconocimiento de aquellos elementos extratextuales que han influido en el nivel connotativo del texto impediría un estudio histórico del proceso de significación del mismo; tómesese como referente la obra de Darton (2002) en la que la reinterpretación de un cuento de tradición francesa del siglo XVII va cambiando en el XVIII y el XX. Esto es un hecho histórico verídico que, como critica Darton, algunos historiadores pueden llegar a desconocer, lo que provoca una interpretación escueta del proceso de transmisión del cuento. Este tipo de trabajos procuran develar las reinterpretaciones de los textos a través del tiempo, enriqueciendo el proceso hermenéutico en el reconocimiento de los interpretantes “intermedios” sobre la base de acto de transmisión.

<sup>7</sup> Langlois y Seignobos (1972) establecen sobre el sentido: “Antes, las profesiones de erudito e historiador eran, en efecto, muy claramente distintas. Los historiadores cultivaban el género literario pomposo y vario, que se llama entonces la historia, estos, por su parte, establecían, por sus investigaciones críticas, la condición de la historia, pero no se preocupaban de hacerla. Contentos con recoger, depurar y clasificar documentos históricos, no tenían interés por la historia, ni comprendían mejor el pasado que el pasado común de las gentes de su época” (p.87).

convertirse en uno, aproximándose a ser un lector modelo *quod oritur post*<sup>8</sup>. Esta situación es contraria a la que propone Eco en el lector modelo (este último es pensado y anticipado por el emisor o escritor del texto), pues su paradigma de lector establece y determina las características y competencias interpretativas, cognoscitivas, pragmáticas que debe tener el lector para comprender a cabalidad su texto.

Ahora bien, como el historiador trabaja con fuentes que muchas veces no perseguían el fin de comunicarse o trasmitirse a un tercero, el lector modelo que prevé el emisor original no corresponde al historiador. Por ello, el historiador, fundamentado en la distancia temporal, no nace del emisor que lo prevé como lector, sino que surge desde la otredad del mismo historiador que hace comprender el texto en su contexto específico, lo que Marrou (1999) planteaba como “la dialéctica del mismo y del otro” (p. 71-73); el entender que el historiador debe reconocer al otro (en un tiempo y espacio determinado) para poder comprenderlo. La base de la dialéctica del mismo y el otro es el poder establecer una distancia que permita al historiador alejar sus prejuicios y preceptos de la fuente, lo que permitiría que el historiador reconozca la fuente, la comprenda desde una otredad, y pueda hacer así posible una comprensión amplia de lo que esta quiere transmitir.

Aquel lector modelo debe tener una competencia suficiente que permita la comprensión holística del texto. Para ello, el historiador, inmerso en una estructura discursiva y signica diferente del texto con el cual trabaja, debe complementar los subcódigos que le son inherentes con un conocimiento en lo posible profundo del emisor que produjo el

---

<sup>8</sup> La apertura de la obra, en relación con los textos que el historiador utiliza, no surge por la previsión del emisor frente al lector ideal de su texto, sino que se posibilita por los procesos de trasmisión que hacen olvidar, sedimentar y desaparecer las características pragmáticas o meta históricas que acompañaban al mensaje codificado. La apertura de la obra es entonces un efecto del proceso de semiosis temporal. Cabe mencionar la noción de apertura que este trabajo retoma alude al primer tipo de apertura que plantea Umberto Eco (1984, p. 112- 119), es decir, la tendencia que tiene naturalmente un texto de tener más de una interpretación.

documento, del objetivo del mensaje, del reconocimiento y forma del deterioro del canal comunicativo y su búsqueda por recomponerlo, del contexto temporal en el cual surge, de los contextos temporales donde se interpreta y de la serie de intérpretes que han redefinido esa huella del pasado, para así poder estar más cerca de ser un lector-modelo. Por eso, para llegar a realizar una cooperación ideal del texto, el historiador debe crear procesos interpretativos estables, reconociéndose y redefiniéndose a través del aprendizaje y estudio de los marcos generativos para devenir en un lector capacitado no solo para la lectura de los textos, sino para una construcción de conocimiento. Debe comprender el estudio del pasado que es sobre la base formal del mensaje que se puede construir una interpretación rigurosa, cuya finalidad es la comunicación de dicha información. Entonces, el historiador como lector modelo dialécticamente deviene en emisor de un nuevo texto dotado de una carga informacional diferente.

Luego de crear un espacio interpretativo estable, de apelar al proceso de cooperación textual, de reconocer las “distancias interpretativas”<sup>9</sup> y los actos de reinterpretación del texto, el historiador (que se postula como lector modelo) reconstruye la experiencia pasada para comunicarla como un nuevo saber. Es decir, este se convierte en un nuevo emisor del mensaje transmitido, decodificado y reconfigurado. El historiador se dimensiona en términos de Eco (1981) como un “interpretante final”, como el fin de la semiosis; en otras palabras, se constituye como el último generador de significado específico del texto, ya que posiciona un hábito generalizado de interpretación que no cambia y es paradigmáticamente aceptado. Todo historiador que retoma un documento

---

<sup>9</sup> El historiador debe reconocer la diferencia entre realizar una interpretación de la pragmática basada en un acto comunicativo y en un acto de transmisión. El primero, como establece Eco, parte de una teoría de primera generación en la que un hablante cuenta con la capacidad de inferir el significado global del texto, puesto que cuenta con los mismos factores pragmáticos para realizar la interpretación. Este tipo de interpretación el historiador no debe hacerla en un primer momento, ya que este parte de un acto de transmisión, por lo que sus modelos interpretativos difieren espacial y temporalmente del emisor. Él debe re-conocer el acto de comunicación develando la estructura interna de los modelos de interpretación contemporáneos al documento o a su implicación en un espacio temporal y geográfico específico.

del pasado crea un interpretante generalizado, puesto que se establece que su interpretación es la más cercana a la verdad. Esta interpretación debe responder a todas las exigencias que un lector modelo necesita para comprender el texto, sin ello su interpretación resultaría anacrónica y la producción de conocimiento se solventaría en falsas hipótesis.

## Conclusiones

El historiador como lector modelo, plasmado en el anterior trabajo, debe constituirse como una “actitud hermenéutica” (Trejo, 2013, p. 36), es decir, como una toma de posición por parte del historiador frente al objeto a interpretar. Esta actitud interpretativa contrarrestaría las dos posturas hermenéuticas que preponderan en la actualidad: una hermenéutica equivocista, nacida del postmodernismo, o una hermenéutica univocista, nacida de un purismo interpretativo. Producto del devenir que ha arrojado a la historia a una doble negación de dichas posturas, esta actitud hermenéutica surge como una tercera vía a la polarización de metodologías y procedimientos históricos, lo que posibilita la revaloración y el reposicionamiento de la hermenéutica como uno de los caminos cualitativos más importantes para la generación de saber histórico. Esta actitud hermenéutica se relaciona directamente como un tipo “*Phronesis*” (de prudencia interpretativa) que plantea Mauricio Beuchot (2013) en su modelo analógico. El historiador como lector modelo puede y debe acoplarse al modelo hermenéutico analógico, vislumbrado a mediano plazo un camino hacia un nuevo tipo de hermenéutica histórica que reconcilia las dos posturas que han permeado el mundo de la interpretación. Cabe agregar que la extrapolación de las teorías aquí mencionadas se consideró en torno a una mirada amplia del proceso semiótico-comunicativo del saber histórico. Se buscó

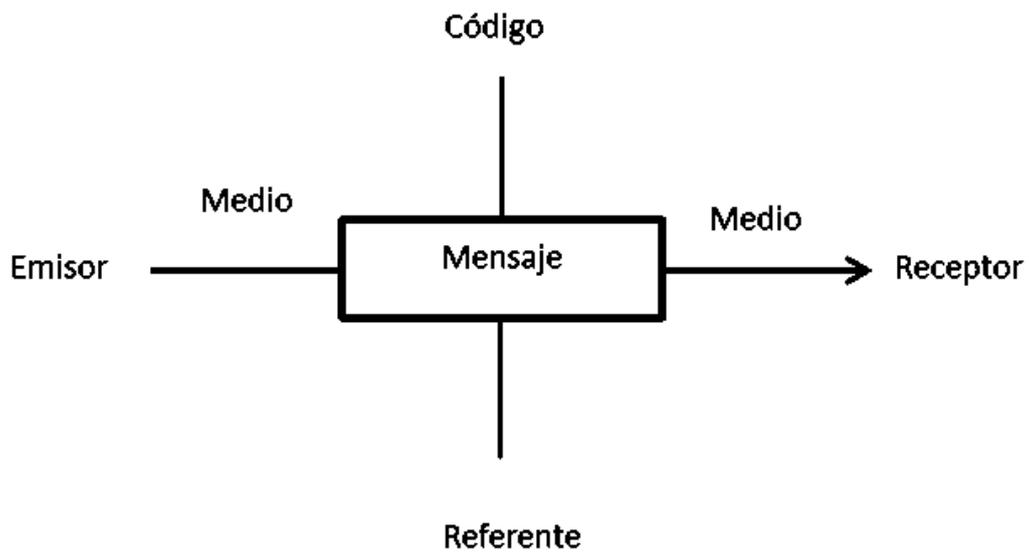
reflexionar sobre procesos interpretativos y de construcción de conocimiento a nivel general de la disciplina, por lo que se podrían aplicar a diferentes tipos de historia y no serían exclusivamente competentes para la historia de los conceptos que planeta Koselleck (y que puede inferirse que está más próxima) sino que puede servir a todo tipo de “texto”, porque la característica básica del mismo es estar siempre connotando nuevos significados.

SUMMA HUMANITATIS

## Anexos

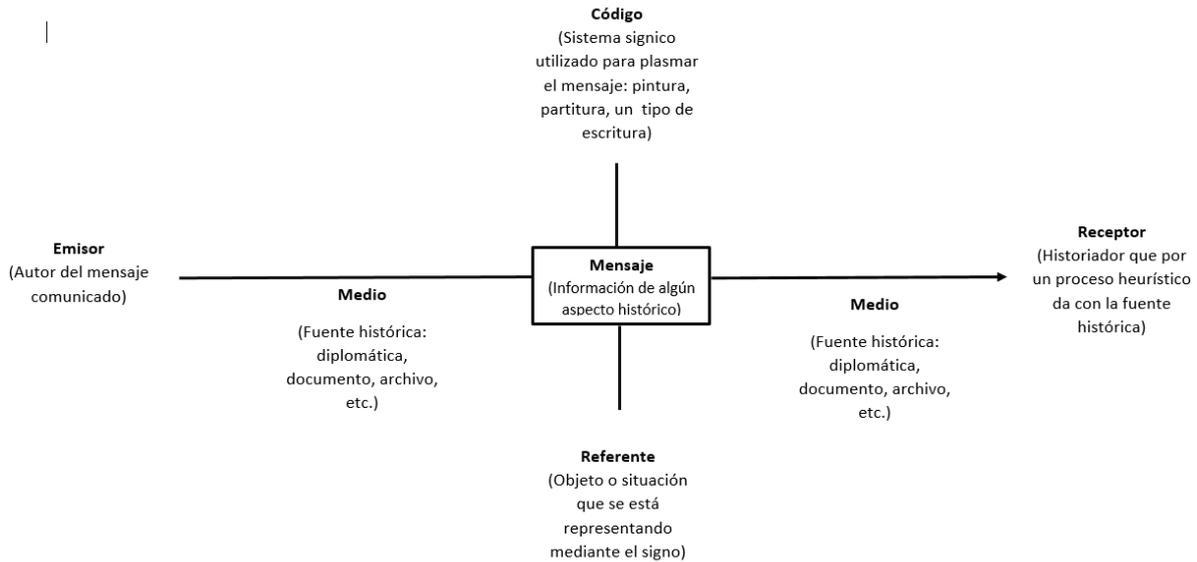
### Anexo 1

Esquema de Jakobson, según la revisión de Guiraud (1972, p. 11)



## Anexo 2

### Esquema de Jakobson aplicado al proceso comunicativo de la historia

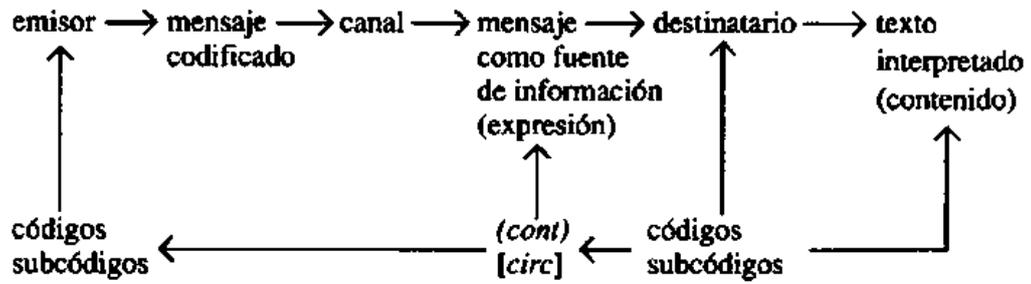


Tómese de ejemplo un caso hipotético en el cual un historiador que está realizando una investigación sobre el consumo de drogas y la comercialización de las medicinas de las indias orientales en el siglo XVI, en un proceso heurístico, consigue “El tratado de las drogas de Cristóbal De Acosta” (1578). El autor de dicho texto, que tenía por objetivo brindar una taxonomía e información sobre las plantas medicinales y alucinógenas de las indias orientales, se convierte en el emisor de dicha información cuando decidió plasmar el mensaje empleando un sistema de códigos lingüísticos (en idioma castellano) y pictográficos. El autor utiliza un modelo representativo en el cual cada signo conduce a crear una aproximación de la realidad exterior, es decir, las plantas que son el referente del mensaje. Ya decidiendo lo anterior el autor prevé utilizar como canal o medio de comunicación el formato libro, pues este permite finalizar el acto comunicativo cuando sus receptores (la nobleza y los doctores de la ciudad de Burgos) hayan recibido el mensaje. El historiador entra en escena como el receptor no planeado del texto que debe

decodificar el mensaje transmitido a través de un español arcaico para así poder llegar a la información. Dicha información logra llegar hasta este investigador sin la ayuda directa del emisor del documento, puesto que el canal o medio por el cual se ha transmitido, aún existe y permite la decodificación signica del mensaje. El historiador deberá a través del uso de la paleografía descubrir el mensaje transmitido para así llegar al referente de dicha información, sin olvidar la realización de un cotejo contextual con el emisor que produjo dicho documento.

Anexo 3

Modelo comunicativo de Eco (2000, p. 221)



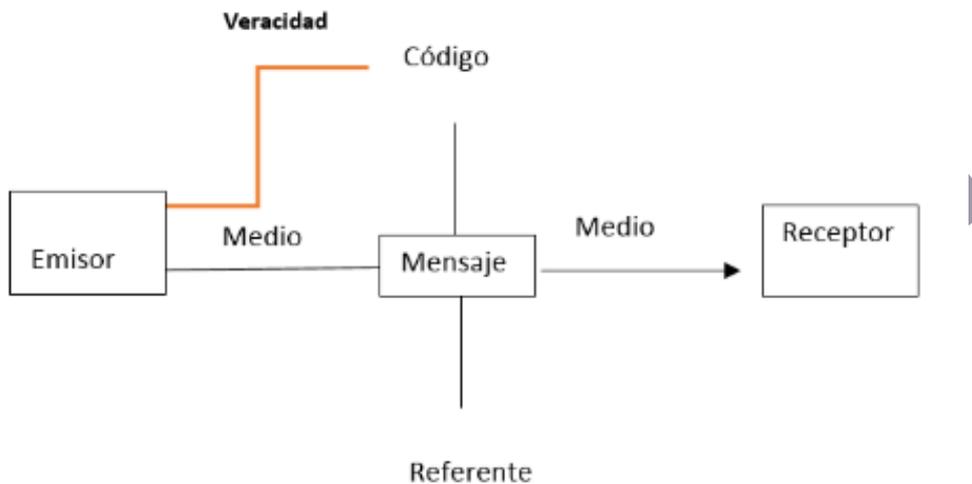
SUMMA HUMANITA

## Anexo 4

### Estudio comunicativo y de transmisión de las tipologías de fuentes históricas

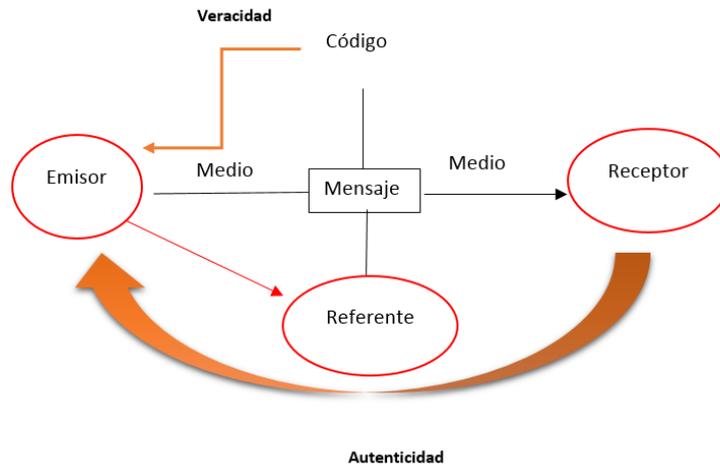
Topolsky (1992) realiza una categorización generalizable y amplia de fuentes históricas que permite que un sinnúmero de taxonomías que responden a diferentes concepciones de historia y objetos de estudio se puedan agrupar en dos clases: fuentes escritas y no escritas y fuentes directas e indirectas. Como los actores inmersos en el proceso comunicativo y de transmisión a nivel general actúan de igual forma en las fuentes escritas y no escritas (lo que cambia es el canal y el lenguaje en el cual se plasma el mensaje, el resto de actores se comportan prácticamente igual), se prescindirá de dicha clase fuentes y se procederá al análisis comunicativo y de transmisión de la otra clase de fuentes.

**Fuentes directas:** Según Topolsky (1992) estas fuentes no planean problemas de veracidad en sí mismas, pero sí de autenticidad. En las fuentes directas la información hallada dentro de sí se comunica sin ayuda de intermediarios; el emisor original y el receptor crean un proceso comunicativo de primer orden, en el cual la información existente que se envía llega de igual forma, como mensaje comunicado, al receptor. El emisor comunica un mensaje que contiene la información “X, Y, Z” en un acto comunicativo que hace llegar de la igual forma la información al receptor. La presunción de verosimilitud hace que el mensaje “X, Y, Z” no se modifique en el proceso de comunicación y llegue incompleto “X, Y” o modificado “X, A, Y” o connotando “X, Y, Z, A”. Se presupone que la información tiene un grado de coherencia con el emisor original, puesto que no ha sido deformada por un receptor intermedio, es decir, que el mensaje es consecuente con la información enviada por el emisor. El receptor entonces no se preocupa por el proceso por el cual la información se comunica, puesto que sabe que es directo y lo vive por sí mismo; por el contrario, él debe enfocarse en la comprobación de la autenticidad de la información que ha recibido.



La autenticidad recae sobre el autor y no en el mensaje, ya que este se presupone que guarda una coherencia interna con su emisor; por tanto, el proceso de autenticación busca establecer si la información que evoca el emisor es verídica o falsa con la realidad a la cual se refiere. El receptor debe por otros procesos como cotejo de información, búsqueda de otras fuentes que permitan corroborar la información obtenida, comprobación de la falsedad o autenticidad del emisor, desconfianza científica en los objetivos por los cuales se le ha comunicado dicha información, comprobar la verosimilitud o falsedad de lo que el autor afirma<sup>10</sup>.

<sup>10</sup> Cabe mencionar que la presunción de verosimilitud haya su fundamento en la relación entre mensaje y emisor. Se presupone que no existe una modificación intermedia de lo que el emisor quería comunicar (el mensaje llega al receptor tal cual como el emisor quería que llegase). La presuposición de verosimilitud hace que toda fuente directa sea útil para investigación histórica. No importa si la información que evoca el emisor es falsa (es decir que la autenticación de la información conduzca a ello), ya que todas las fuentes directas permiten igualmente comprender situaciones sociales que han generado a falsear dicha información. La ausencia, la connotación, la transformación de la información emitida, como los propios silencios contenidos en las fuentes, evocan una realidad que el historiador podría estudiar (Burke, 2000, p. 65-86).

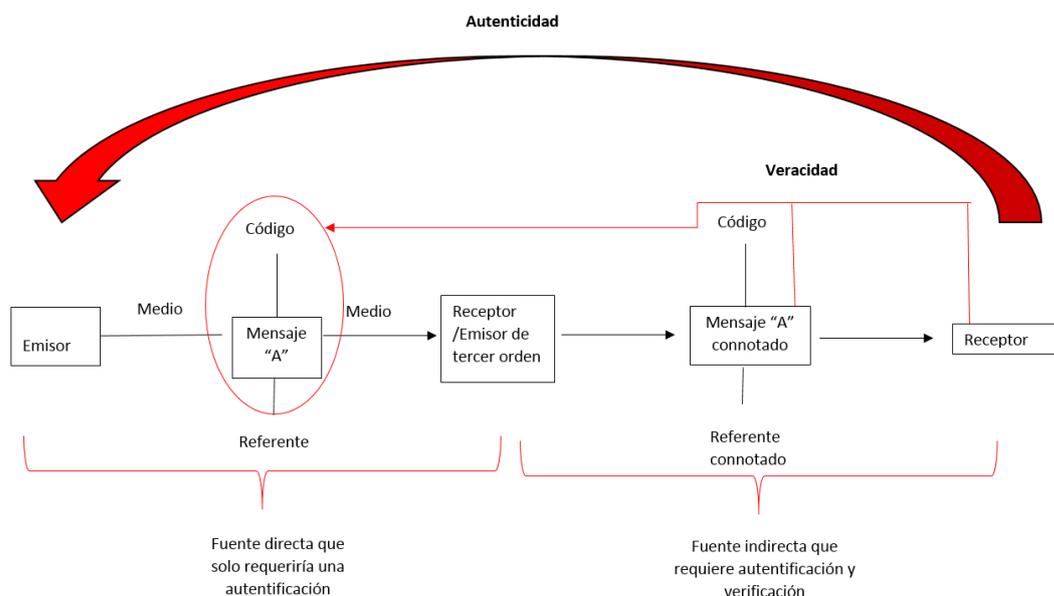


Ahora bien, en el estudio de trasmisión, como el receptor no corresponde a un mismo espacio-temporal del emisor, la autentificación debe realizarse con ayuda de las ciencias auxiliares y documentos auxiliares. La fuente directa emana ser un material informacional no tergiversado ni interpretado por otro, guarda en sí la “sedimentación de lo diacrónico en la historia”. En otras palabras, guarda dentro de sí vestigios de información histórica que no han sido deformados, puesto que el mensaje se trasmite por los mismos canales. Para dicho proceso, teniendo en cuenta la reflexión teórica plasmada en este trabajo, el historiador debe ser consciente de las implicaciones que tiene el proceso de trasmisión.

**Fuentes indirectas:** Debido a la existencia de un tercer actor, un intermediario que se convierte en el canal para la comunicación y/o trasmisión de la información del emisor, es necesario para este tipo de fuentes determinar la fiabilidad de la información de este nuevo actor. Las fuentes indirectas comunican o transmiten una información por vía de un tercero que no ha sido el autor original de la información o que ha recibido de otros receptores dicha información y la réplica a otro. Esto conduce a que los procesos de veracidad y autentificación sean indispensables para su uso. En el proceso comunicativo de las fuentes indirectas, se entiende que existe ya dentro de sí un proceso de trasmisión (puede que en tiempos de muy corta duración, ya que el receptor original después de

recibir la información del emisor original, vuelve a comunicarla en un espacio y tiempo diferente); por ello, todo mensaje adquiere un problema de veracidad, ya que se debe recurrir al autor original.

En la fuente indirecta, el emisor original que comunica el mensaje “A” desaparece por encima del receptor; este ahora se convierte en el nuevo emisor de la información que adquirió. En ese proceso de re-comunicación el mensaje “A” adquiere nuevas connotaciones o puede modificarse, transformarse, producto de una reinterpretación que el receptor/emisor realiza. Esto puede darse también producto de una transformación del medio o canal por el cual se comunica o como consecuencia de una transformación del código por el cual se representa el mensaje. En dicho caso el mensaje “A” adquiere un plus valor no previsto por el emisor original<sup>11</sup>. El nuevo receptor de dicho mensaje debe realizar un proceso más amplio (que requiere retroceder en el proceso de semiosis) de verificación y autenticación, que es sumamente necesario para que dicha fuente sea utilizada en una investigación histórica.



<sup>11</sup> La connotación no es negativa para el historiador, como este artículo lo afirma, aquella puede ser útil para comprender diferentes procesos de forma indirecta.

## Bibliografía

- Aguirre Rojas, C. A. (2013). *Antimanual del mal historiador o ¿Cómo hacer hoy una buena historia crítica?* Bogotá: Ediciones desde abajo.
- Aurell, J. (2005). *La escritura de la memoria. De los positivismos a los postmodernismos*. Valencia: Universitat de Valencia.
- Beuchot, M. (2013). *Perfiles esenciales de la hermenéutica*. México D.F.: Fondo de cultura económica y Universidad Autónoma de México.
- Beuchot, M. (1997). *Tratado de hermenéutica analógica*. México D.F.: Editorial Ítaca y Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México.
- Bloch, M. (2001). *Apología para la historia o el oficio del historiador*. México D. F.: Fondo de cultura económica.
- Burke, P. (2000). *Formas de historia cultural*. Madrid: Alianza editorial.
- Corcuera de Mancera, S. (2014). *De pícaros y malqueridos. Huellas de su paso por la inquisición de Zumárraga (1539- 1547)*. México D.F.: Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto Tecnológico Autónomo de México y Fondo de Cultura Económica.
- Darton, R. (2002). *La gran masacre de gatos y otros episodios en la historia de la cultura Francesa*. México D.F.: Fondo de Cultura Económica.
- Debray, R. (2007). "Trasmitir más, comunicar menos". En A. Parte Rei. *Revista de*

*filosofía*, (50).

De Acosta, C. (S/F) *Tratado de las drogas y medicina de las Indias Orientales*. Madrid:

Ediciones de Cultura Hispánica, Agencia Española de Cooperación Internacional.

Eco, U. (2000). *Tratado de semiótica general*. Barcelona: Editorial Lumen.

Eco, U. (1984). *Obra abierta*. Barcelona: Planeta.

Eco, U. (1981). *Lector in fabula: la cooperación interpretativa en el texto narrativo*.

Barcelona: Editorial Lumen.

Fontana, J. (1992). *La historia después del fin de la historia*. Barcelona: Crítica.

Foucault, M. (2004). *Arqueología del saber*. Buenos Aires: Siglo XXI editores.

Gadamer, H. G. (2001). *Verdad y método I*. Salamanca: Ediciones Sígueme.

Guiraud, P. (1992). *La semiología*. México D.F.: Siglo veintiuno editores.

Koselleck, R. (1997). *Los estratos del tiempo: estudio sobre la historia*. Barcelona:

Ediciones Paidós y I.C.E de la Universidad Autónoma de Barcelona.

Langlois, C. V. y C. Seignobos. (1972) *Introducción a los estudios históricos*. Buenos

Aires: Editorial La Pléyade.

Marrou, H. (1999). *El conocimiento histórico*. Madrid: Idea books.

Mujica Pinilla, R. (2005). *Rosa Limensis. Mística, política e iconografía en torno a la*

*patrona de América*. Lima: Instituto Francés de Estudios Andinos, Centro Francés

de Estudios Mexicanos y Centroamericanos, Fondo de Cultura Económica.

Trejo Estrada, E. (2013). *Historiografía y hermenéutica. Una relación inevitable, en*

*Historia. Caminos hacia la hermenéutica de la reconstrucción.* México D.F.:  
Universidad Nacional Autónoma de México.

Toledo Almada, A. y J. Sequera Meza. (2014). “La producción del sentido: Semiosis social”. *Razón y palabra*, (8).

Topolski, J. (1992). *Metodología de la historia.* Madrid: Cátedra.

SUMMA HUMANITATIS